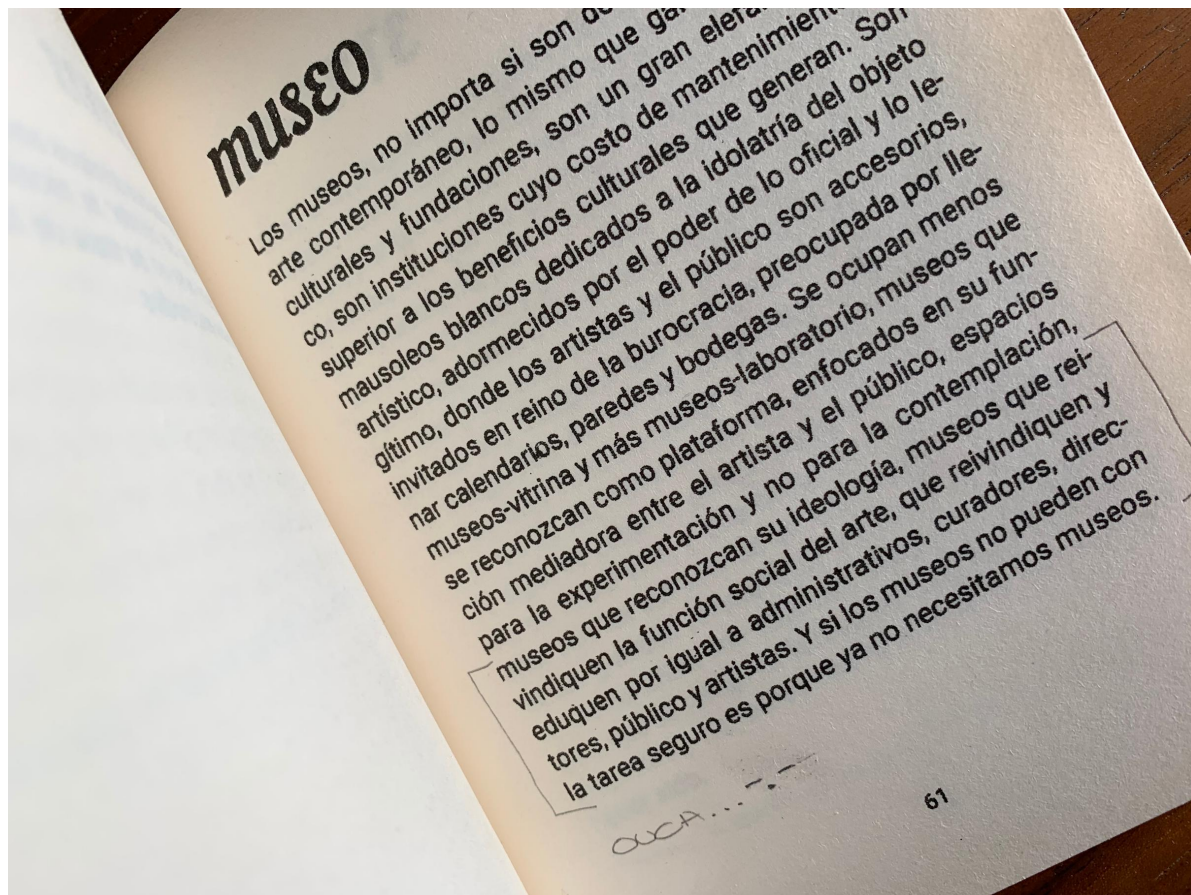


# UN MUSEO VIVO ES UN MUSEO EN TENSIÓN

Revitalizar el MADC a través de la comunidad

M. Paola Malavasi Lachner



"Museo" en Candelillas, de Adrián Flores Sancho, Ediciones 1390. Intervención de Lola Malavasi.

Fundado en 1994 el Museo de Arte y Diseño Contemporáneo (MADC) es el único museo público de este tipo en la región Centroamericana. La constitución del MADC podríamos verla hoy día como un esfuerzo vanguardista, casi impensable en la actual coyuntura política y económica. Este museo es el único medio por el cual realmente se canalizan fondos estatales para el arte contemporáneo en Costa Rica. Mientras que en otras áreas de cultura existe algún fondo concursable, como El Fauno o Proartes, las artes visuales contemporáneas quedan bastante desatendidas, de manera que quizás la responsabilidad de dar apoyo público a esta producción (sin entrar en discusión sobre los procesos de adquisición de obra del estado, que además conllevan un engorroso trámite) recae casi exclusivamente sobre el MADC. Más allá de esto, este museo ha sido una plataforma importante para artistas de toda Centroamérica, expandiendo su relevancia y misión a toda una región. Durante 26 años el MADC ha sido anfitrión de exposiciones tanto internacionales, como de construcción de discurso y acercamiento a la producción local.

una región. Durante 26 años el MADC ha sido anfitrión de exposiciones tanto internacionales, como de construcción de discurso y acercamiento a la producción local. En los últimos años, sin embargo, parece que el rumbo no ha sido claro, no ha trazado ni comunicado alguna línea de visión a largo plazo que sostenga la gestión que se hace en el presente, entendiendo bien cuál es el impacto que quiere crear en un futuro. El museo desde su Dirección ha fallado con una visión cortoplacista, sin saber realmente proyectar y defender los intereses actuales del sector artístico, y entendiendo el diseño únicamente desde un aspecto mercantilista. Incluso ha comenzado a dar indicios de ser esta su estrategia: instrumentalizar la cultura en servicio de una generación de capital, algo que se viene impulsando desde el Ministerio de Cultura y Juventud (MCJ), entidad que no ha sabido plantear una estrategia comprensiva para defender el capital inmaterial que se genera desde las artes, escogiendo el camino de simplemente justificar ante el gobierno su existencia por medio de números en relación al PIB del país.

Comprendo esta estrategia como una manera práctica de mantenerse relevante ante una Asamblea Legislativa que no entiende —y que incluso en ocasiones busca censurar— el pensamiento crítico, la educación no formal, y los espacios de pensamiento que las expresiones artísticas proponen. Claramente hay que saber hablar cierto lenguaje para poder defender la existencia del Ministerio de Cultura en un momento de crisis, de escrutinio y pugna de poder. Sin embargo, este Ministerio no puede ceder territorio a esa visión capitalista del manejo del Estado, que conlleva a nuevas formas de privatización, así como a instalar una ‘subjetividad empresarial’ al interior del trabajo artístico. El Estado no es una empresa, no puede ni debe manejarse con las mismas reglas que asiduamente ponen al capital por encima de las personas, incluso atropellando derechos humanos. El Estado existe justamente para estar al servicio de su población, aún cuando eso signifique “pérdidas” en el sentido convencional de entender el intercambio monetario. El Estado tiene que velar porque sus ciudadanos tengan agua potable, por ejemplo, porque es un derecho universal. No se puede justificar que el llevarle agua a una zona rural ubicada en territorio complicado no es “rentable” pues esa es su labor. De igual manera hay que defender esa resistencia a que la economía lo domine todo, y no permitir que ejerza su poderío sobre el arte y la producción creativa, cuyo valor no es fácil de contabilizar y justificar cuantitativamente, aún cuando se sabe el impacto que puede tener en áreas como la educación, por ejemplo. Esto porque considero que el arte debería ser un bien común.

El acceso a la cultura no debe reservarse para una élite, ni servir a intereses privados con expectativas de mercadeo o intereses personales. Tampoco es correcto atribuirle el lugar que reduce a la cultura como espacio de entretenimiento masivo, pues el único fin de esto es convertir a los ciudadanos en ‘consumidores’. Sin acceso gratuito a la cultura se priva a

una gran parte de la población de entrar en contacto con debates, discursos y perspectivas que enriquecen el pensamiento y generan un aprendizaje. Cuando no se defiende el lugar de la cultura desde su capacidad para fomentar el pensamiento crítico y ver otras perspectivas, ese conocimiento se atrinchera y se reserva sólo para algunos, que en el mejor de los casos lo repiten únicamente dentro de sus círculos, y en el peor, lo utilizan para servir a sus propios intereses individuales y no al bien de la sociedad.

Si el MADC, o las instituciones culturales en general fueran realmente ese espacio de aprendizaje y encuentro, con una visión clara de cómo pueden aportar a la sociedad por medio de trabajar en conjunto con artistas y diseñadores, incluyendo a la gente y a comunidades diversas, sería más fácil entender y defender su razón de ser. Este es un trabajo de años y el MCJ ya ha perdido suficiente tiempo, viéndose ahora intentando apagar incendios que no ha sabido controlar. Pero es una estrategia que aseguraría su existencia a largo plazo pues pone a las instituciones en servicio de la gente, no exclusivamente de la economía. No se puede pretender que un sector de la población (para quien el estado y sus instituciones trabajan) defiendan y comprendan el valor de estos espacios cuando nunca se han visto reflejados en ella, cuando no se les ha invitado de ninguna manera a ser parte de una comunidad a quienes el Ministerio de Cultura supuestamente sirve y busca expandir y fortalecer.

Esta es la razón por la cual a mucha gente la cultura le parece irrelevante o un “gasto” innecesario, resultando en que el presupuesto de cultura sea quizás el más fácil de recortar sin reclamos. Las instituciones públicas y las instancias que sus programas proponen en supuesto servicio de la gente no están logrando bien su trabajo; si distintas comunidades no tienen un sentido de pertenencia sobre estos espacios, su desaparición no tiene relevancia para una mayoría, haciendo fácil el despojo de sus recursos.

Quizás una de las consecuencias más graves que se desprenden de esta situación es algo que la crisis ocasionada por la pandemia del COVID-19 ha hecho aún más evidente: la indiferencia ante estos espacios culturales genera una situación de precarización del oficio de quienes trabajan en cultura, pues hace que la importancia de su labor y el pago digno por su trabajo sea incomprendido o visto como frivolidad. La mayor parte del sector cultura se compone de trabajadores informales, muchos de estos dependientes de fondos concursables, eventos o contrataciones hechas por instituciones públicas. Otra parte labora para el sector público en instituciones adscritas al MCJ. La falta de valoración y profesionalización de esta práctica lleva a abusos y abandonos que dejan a trabajadores y trabajadoras de la cultura en situaciones de vulnerabilidad profundas.

Para complejizar el asunto, esta valoración no se debería únicamente justificar por medio del dinero que el arte y la cultura le generan al país. Precisamente es el trabajo de la cultura, sobre todo el del arte experimental y las iniciativas contraculturales, el de cuestionar esa visión de productividad y valor asociada únicamente al retorno de una inversión (razón por la cual en muchos casos es difícil conseguir fondos privados) apoyando en la formación de ciudadanos críticos y conscientes que participen activamente y fortalezcan los procesos democráticos que contribuyen a la sostenibilidad de un país. Claro, al poder no le gusta que le interpelen, y es evidente que en muchos casos esta función se puede ver como una amenaza al status quo, de manera que hay élites a quienes les conviene que este tipo de procesos y fortalecimiento ciudadano se mantenga controlado o que incluso desaparezca.

Vale aclarar que como gestora, historiadora, pero también graduada en diseño de moda, mi crítica no es a la existencia y fomento de iniciativas desde las llamadas industrias creativas. Creo que es importante impulsar discusiones y proyectos desde ahí para fortalecer una economía que en efecto quiere construir un mercado. Lo que me parece peligroso es que bajo el actual mando de la ministra Sylvie Durán Salvatierra, el Ministerio de Cultura se ha volcado a priorizar iniciativas y encauzar el rumbo de ciertas instituciones que respondan justo a ese enfoque económico, instrumentalizando la cultura como un activo más en función de la productividad económica y la generación de capital, en desmedro de su capacidad de acoger voces y perspectivas que confronten de manera crítica el presente.

El Estado en este caso sí se está viendo como una empresa, de tal manera que prácticas e iniciativas que responden a otras lógicas se han ido poco a poco expulsando a la periferia – a propósito o no– lo que conlleva un riesgo de hacer desaparecer cualquier esfuerzo que no se geste desde esa concepción neoliberal de una llamada industria cultural. Este es ya el caso en el sector privado de nuestro país, donde los recursos para iniciativas culturales comerciales son los que predominan, y aquello que no genere riqueza monetaria o responda a otras lógicas queda bastante desprotegido. El sector público debe defender ese territorio que es espacio de creación para todo aquello que labore fuera del marco de la economía, complementando e incluso resistiendo al enfoque comercial.

En el caso del MADC, en el acta de constitución del museo se dice claramente que existe para “la colecta, conservación, exposición, investigación, difusión y estímulo tanto de artes visuales nacionales e internacionales con énfasis en las últimas décadas del siglo XX y las primeras del siglo XXI, como de la historia y las expresiones de los campos del diseño gráfico, industrial y vernáculo entre otros”.

Un museo en la actualidad, más aún uno de arte contemporáneo, tiene la tarea de ir más allá de solo ser un espacio de exposición y colección. Las estructuras de conocimiento que heredamos de siglos pasados están desapareciendo o transformándose. El reto del museo es responder a esto desde un programa vivo que parta de su contexto, dejando actitudes elitistas y colonialistas para poder ir más allá de emular o hacer malas copias de lo que sucede en ferias de arte en Miami, museos en Nueva York o exposiciones en Europa.

Sus programas deberían buscar maneras de democratizar el acceso a la producción artística, acercando a una diversidad de públicos desde eventos, talleres, charlas, u otras iniciativas que respondan de manera comprensiva a preguntas relevantes para las distintas comunidades en la actualidad. Las salas del museo idealmente deberían fomentar un pensamiento crítico, un espacio lúdico de aprendizaje y de encuentro entre agentes que de otra manera no entrarían en contacto, acercando la experiencia de distintas realidades y buscando maneras de trabajar para distintas comunidades. “El rol del museo debe contribuir a la construcción de una esfera pública e introducir ideas y modelos para repensar la vida en común, más aún en este momento de crisis local y global que atravesamos”<sup>1</sup>. Bien lo dice también en el acta: el papel del museo es el de ser “lector y testigo de su tiempo”. En este caso, la gestión es una práctica situada, es decir, un quehacer que responde de manera inteligente a los retos y necesidades del contexto en el cual se desarrolla.



“GuggenSITO”, museo portátil y flotante de Eder Castillo. Primera versión: México 2011-2012, Puerto Rico 2013-2014. Segunda versión: El Salvador 2017-actualidad.

<sup>1</sup> Pronunciamiento Ante La Convocatoria para la Dirección del MADC, Codirección TEOR/ética: <http://teoretica.org/2020/06/05/pronunciamiento-ante-la-convocatoria-para-la-direccion-del-madc/>

El argumento principal para defender ese enfoque del MADC en la comercialización se basa en la idea limitada de que el diseño, sector para el cual también trabaja, se aleja de otras expresiones creativas, ya que está inevitablemente ligado al emprendedurismo. Por un lado, existen ya instituciones estatales que velan justamente por fomentar el comercio y la economía de las MIPYMES (entre ellas las de diseño): el Ministerio de Economía, el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Telecomunicaciones, Procomer y Comex, por poner los ejemplos quizás más reconocidos. El MADC ha buscado crear alianzas entre estas instituciones y el sector diseño para fomentar oportunidades de mercadeo y posicionamiento comercial, cumpliendo con su misión de “estimular” (desde una perspectiva claramente económica) la producción del diseño.

Pero el museo se ha quedado bastante corto en otro tipo de estimulación, entre ellas la investigación, la colección y conservación de las formas contemporáneas del diseño, analizando críticamente las expresiones del diseño local en un momento prolífico para esta producción, construyendo discurso desde un estándar alto de investigación. Un museo, no solo el MADC, no debe estar únicamente en servicio de crear alianzas económicas, ni limitarse a exponer el trabajo sin realmente profundizar en las condiciones bajo las cuales nace. El diseño existe también dentro de ese amplio espectro de la cultura visual y material que refleja un contexto, un tiempo y un pensamiento, incluso relaciones e intercambios a nivel local e internacional. El MADC ha fallado en profundizar esa investigación desde un lugar más comprensivo y crítico, peligrosamente perpetrando las líneas imaginarias que dividen al arte y el diseño, en vez de abrir debates y discusiones que cuestionen esas divisiones y generen posibles diálogos entre ambas áreas.

Hay que reconocer que el MADC hace una cantidad de eventos cada año e intenta promover conversatorios o talleres como parte de los eventos paralelos de las exposiciones. No obstante, la calidad de estos a menudo es mediocre e irregular, sus formatos son de una formalidad un tanto anticuada, poco creativos y críticos. Las museografías son bastante pobres, atribuyéndole esto a limitaciones en el presupuesto, en vez de considerar maneras alternativas de solucionar estos problemas, o de incluso plantear reducir ciertos proyectos para poder hacerlos mejor. Sus esfuerzos de mediación se han quedado rezagados, aún cuando el resto del medio artístico pareciera estar explorando este tema con gran interés. Sus publicaciones contienen textos poco nutridos y se componen principalmente de imágenes. Sabiendo que este es probablemente uno de los esfuerzos más grandes que hace el museo y que el costo de publicar estos folletos a color es bastante alto, se podría replantear el contenido y el formato que tienen.

Todos estos temas no son exclusivamente una cuestión de presupuesto, burocracia o las marañas de la gestión pública como tienden a proyectarlo desde el museo. Son fallos en cómo se canaliza esa gestión, no necesariamente en lo que hacen, si no en los resultados. Esto revela una dificultad para replantear cómo puede funcionar el MADC, que se termina entendiendo como una negativa a escuchar las múltiples críticas válidas que se le han hecho durante los últimos años. El tema no es si el museo hace o no estas cosas, es si el conversatorio que hacen está bien planteado, si la exposición construye discurso y es relevante para nuestro contexto, si la museografía se cuida y respeta las obras, si hay pensamiento e investigación que contribuya a leer el arte y el diseño desde un lugar comprensivo e integral. **Lo que se reclama es que hay otras maneras de hacerlo mejor, y que hay toda una comunidad ansiosa de colaborar para poder fortalecer y realmente aprovechar sus recursos.** De todo esto surgen más preguntas que conviene hacerse, sobre todo en estos momentos de cambios que presentan una oportunidad de revisión y reinvención:

Si ya se invierte en hacer estos eventos y exposiciones, ¿por qué no potenciar ese presupuesto con curadurías potentes e investigaciones relevantes y profundas? ¿Por qué no invitar a otras personas a insertar otras voces en esas curadurías?

Si no hay dinero para tener cédulas decentes, ¿por qué no se cuestiona la escala de la exposición para hacer algo más modesto pero bien cuidado? ¿Por qué no cuestionar el uso de los espacios y la necesidad de que sirvan exclusivamente para exposiciones?

¿Cómo se activa su archivo y colección para que no sean simplemente repositorios de los cuales se sacan obras y material de vez en cuando?

¿Qué esfuerzos puede hacer el museo para ofrecer miradas interesantes o revisar esa historia y la producción que resguarda e impulsa desde otras perspectivas?

¿Cómo involucrar a otras comunidades históricamente marginadas, cuerpos diversos, cuerpos negros, racializados y no binarios en la construcción y revisión de esa historia que el MADC resguarda?

¿Cómo fortalecer y expandir públicos que se involucren activamente y se apropien del museo para apoyar y defender su existencia? ¿Cómo ir más allá del número de visitantes como único indicador del bienestar de un museo?

Pero quizás lo más importante es que quienes trabajan en el MADC y contribuyen con su gestión no tienen porqué -ni deberían- resolver esto atrincherados en las paredes de la antigua FANAL. Si bien a veces la comunidad artística puede ser intimidante, bastante crítica y en ocasiones caer en una toxicidad poco productiva, si se canalizan bien las energías, las redes que teje y las relaciones que se pueden construir a partir de tanto el disenso como de aquello en lo que estamos de acuerdo, tienen el potencial de generar cambios profundos a lo interno que idealmente podrían extenderse a públicos y comunidades. Lo que estamos reclamando es escucha y participación, pues un museo debe ir más allá de ser solo un repositorio, o un mediador mercantilista y complaciente.

Para finalizar, quizás uno de los aprendizajes más importantes de gestionar desde el arte contemporáneo es entender que un espacio que trabaja con esta producción siempre será sujeto a críticas, su labor no se puede entender bien en el presente, si no con el cuidado de ver críticamente lo que se ha hecho y escuchar para mejorar la labor según vayan cambiando las circunstancias. Los museos hoy día tienen el reto de ser ese espacio de pensamiento, idealmente funcionando como laboratorios de experimentación y espacios comunitarios, no sólo para las personas que los visitan, si no para quienes los sostienen y construyen. Esto les permite tener una capacidad de insertarse en debates públicos y en la construcción de una sociedad más justa. Por la misma lógica de estas formas, será siempre necesario crear fisuras y constantemente poner en duda a la institución para que de ella siga surgiendo vida. De lo contrario terminaremos con museos como los que Manuel Borja-Villel llama instituciones zombis: aparentemente vivas pero sin tensión, muertos vivientes sin propósito real.

M. Paola Malavasi Lachner

(cc Lola Malavasi)

San José, Julio 2020